



Historia de la Estupidez Humana ¹

Paul Tabori

En 1810 la mitad occidental de Haití se convirtió en república. Su presidente fue el general Henri Christophe, nacido esclavo en Granada, y hábil lugarteniente de Pierre Dominique Toussaint L'Ouverture en la revolución de 1791 contra los franceses.

La carrera de Christophe había sido meteórica. Nacido en la esclavitud, se liberó por sus propios esfuerzos, y luego fue cocinero de un conde francés. Posteriormente se consagró a la carrera de las armas, y demostró su valor en varias guerras de menor importancia, hasta que alcanzó la jerarquía de general.

Debe decirse en su honor que permaneció fiel a su esposa a través de todas las vicisitudes de su carrera. Ella era haitiana, y también había sido cocinera. Napoleón era el ideal y modelo de Christophe. El curso había comenzado desde abajo; ¿por qué no podía emularlo?

Durante su presidencia, obtenida gracias al asesinato de Jean Jacques Dessalines —el emperador Jacques I de tan particular estilo— Christophe echó los cimientos de su propia realeza. El ceremonial y

¹ Paul Tabori, *Historia de la estupidez humana*, Editorial Dédalo, Buenos Aires, 1961, págs. 99 a 107.



la etiqueta fueron regulados de acuerdo con el modelo francés. Se ha conservado un ejemplar de la Gaceta Oficial haitiana, en el que se describen detalladamente las festividades del cumpleaños de la esposa del presidente.

El titular del amarillento diario (en francés) dice así:

GACETA OFICIAL DEL ESTADO DE HAÏTI
30 DE AGOSTO DE 1810
SEPTIMO AÑO DE LA
INDEPENDENCIA

“El 15 de agosto”, dice el editorial, “se vio señalado por un sentimiento de general regocijo. Todos se sintieron poseídos por el exaltado entusiasmo que generalmente acompaña el cumpleaños de Su Alteza, la esposa del Presidente. Cómo los auténticos patriotas haitianos se interesan por los más menudos detalles relacionados con el objeto de su cariño y respeto, daremos un relato minucioso de todos los brillantes éxtasis que han hecho tan soberbia esta magnífica fiesta”.

Los soberbios éxtasis comenzaron la noche anterior, cuando varias salvas dieron la señal “para el estallido de la alegre y general intoxicación”. En las cimas de las montañas se encendieron hogueras. Se iluminó la capital. Se desplegaron estandartes y carteles en los que se expresaba la lealtad y el aprecio inspirados por las cualidades de la “virtuosa consorte”. A medianoche se celebró un concierto al aire libre, en el que “se cantaron varios



solos y duetos en elogio del cumpleaños, con el fuego interior y el hondo poder expresivo que sólo el tributo a la virtud puede inspirar. Después de la serenata el público se retiró de mala gana a dormir, para levantarse a primera hora de la mañana, al son de pífanos y trompetas, que señalaban la aproximación del momento apasionadamente esperado y el principio de la grata pompa de las festividades”.

Los distinguidos huéspedes se reunieron a las seis de la mañana (hora bastante temprana, de acuerdo con las normas europeas) en el palacio, donde el Maestro de Ceremonias presentó a Su Gracia y Alteza, la Consorte del Presidente. El primer ministro pronunció un discurso de salutación, que concluyó con una plegaria de agradecimiento al Todopoderoso por haber hecho al afortunado Haití el don de Su obra maestra, Su Gracia y Alteza, la Consorte del Presidente. (Así dice la Gaceta Oficial.)

Aunque muy conmovida, Su Gracia replicó brevemente. De todos modos, aún esas pocas palabras fueron una hazaña, pues no sabía leer ni escribir, y debió aprender el discurso de memoria y de oídas.

“¡Caballeros!”, dijo. “Mi corazón, que aprecia cabalmente vuestro homenaje, sólo desea ser cada día más digno del respeto y del amor del pueblo haitiano”.

Debe reconocerse que fue un discurso sencillo e inteligente. Sin embargo, para la Gaceta Oficial



fue algo apenas menos precioso que una oración de Demóstenes o que la sabiduría del rey Salomón.

“Ante estas palabras, inspiradas por la personificación misma de la Modestia y de la Bondad, el público reunido emitió un murmullo de profundo afecto. El viajero extraviado en el desierto, que al fin da con una fuente refrescante y allí sacia su sed, no puede sentir mayor placer que el que embargó el alma del pueblo haitiano cuando oyó tan nobles palabras.”

Enfermante servilismo, nauseabundas adulaciones, se dirá. Algo que sólo es posible entre estos pobres negros, que tratan de imitar a otros países más civilizados y también más artificiosos.

Podemos reír ante el florido estilo y la infantil adulación de la Gaceta Oficial. Pero compárense los fragmentos anteriores con estas líneas:

“Fue siempre gran amigo y sabio consejero de los trabajadores intelectuales, y especialmente de los literatos. Confirió a los escritores el orgulloso título y la misión: ¡ser los constructores del espíritu! Y él concibió el lema eterno de la literatura mundial progresista: ¡escribir la verdad!

“El movimiento mundial de la paz vio en él al hombre cuyas palabras y cuya actividad científica y política se orientó siempre hacia el futuro pacífico de la humanidad. Su último discurs-



so llamó a todos los hombres honestos a defender la paz, la libertad, la independencia nacional y los derechos humanos. Estas palabras constituyen los hitos deslumbrantes e inmortales de los partidarios de la paz, y les indican exactamente el camino a seguir.”

¿Hay tanta diferencia entre la Gaceta Oficial haitiana de 1810 y la *Gaceta Literaria* húngara del 21 de diciembre de 1954? ¿Entre la descripción, de la fiesta de cumpleaños de la consorte de Henri Christophe y el artículo en que se celebró (póstumamente) el septuagésimo quinto cumpleaños de cierto José Vissarionovich Dzhugashvili... es decir, de José Stalin?

El presidente Christophe no lo fue por mucho tiempo. El 2 de junio de 1811 “él y su esposa fueron coronados solemnemente en Cape François” (informa el *Annual Register*)

“como rey y reina de Haití, por un arzobispo titular, después de lo cual ofreció una espléndida fiesta, en la que estuvieron presentes dos capitanes ingleses y todos los marinos de las naves mercantes inglesas y norteamericanas. Su Majestad bebió a la salud de su hermano, el Rey de Gran Bretaña, y votó por su éxito en la lucha contra el tirano francés. Ha creado varios grados de nobleza, y ha decretado la organización de una guardia real, de una orden de caballería y de una jerarquía eclesiástica; y probablemente representará su papel de monarca con tanta dignidad aparente como cual-



quiera de los que últimamente se han elevado a esa jerarquía en Europa.”

¡Pero el *Annual Register* se quedaba corto'. El nuevo rey ansiaba realizar los mayores esfuerzos en beneficio de la gloria y del brillo de su corte. Seguía imitando a su modelo, Napoleón, a cuya “reciente corona” el *Annual Register* se refería con mal disimulada sorna en la frase final del párrafo citado. El Almanaque de la Corte de Haití para el año 1813 menciona a los miembros de la familia real y a los dignatarios de la corte. He aquí algunos párrafos:

La familia real: Su Majestad, Henri I, rey de Haití, y Su Consorte, Su Majestad MarieLudovique, reina de Haití. Los niños reales, a saber, el Delfín, seguido del príncipe Jacob Víctor, las princesas Emethyste y Athenais Henriette, de las cuales la princesa Emethyste lleva el título de *Madame Première*.

Príncipes y princesas de la sangre: El príncipe Noele, hermano de Su Majestad la Reina. Madame Celestine, esposa de aquél. El príncipe Jean, primo de Su Majestad el rey. Madame Marie Augustine, viuda del finado príncipe Gonaives.

Los pares del dominio: El príncipe Noele, coronel de guardias. El príncipe Jean, gran almirante. Los mariscales del dominio. (*Aquí viene la lista de duques y condes.*)



Los pares de la corona: El Despensero principal, el Copero principal, el Lord Chambelán, el Maestro jefe de los establos, el Lord Maestre de la Caza, el Lord Maestre de Ceremonias.

La casa real de la reina: Un Despensero principal, dos Damas de Compañía principales, doce Damas de Compañía comunes, un Chambelán principal, dos Chambelanes, cuatro Mayordomos del establo, un secretario privado y una nube de pajes.

El Delfín tenía otra casa, y a ella estaban asignados un Gran Mayordomo y dos tutores.

¿Dónde encontró Henri Christophe, ex esclavo y ex cocinero, tantos dignatarios y funcionarios?

El Almanaque de la Corte nos informa que Su Majestad estableció una nobleza hereditaria. Para empezar creó once duques, veinte vizcondes, treinta y nueve barones y once caballeros.

El Almanaque, que trae abundante información, detalla el ceremonial de la corte. Sus Majestades recibían todos los jueves. El rey y la reina se sentaban en sillones; los otros lo hacían con arreglo al rango de cada uno, exactamente como en la corte francesa antes de la Revolución. Las princesas de la sangre ocupaban sillas de respaldo alto, pero las otras damas debían contentarse con taburetes... es decir, asientos de escasa altura y sin respaldo.

Se prohibía a los invitados saludarse entre sí en presencia de Sus Majestades. También estaba



prohibido dirigirse a Sus Majestades sin previo permiso del Maestro de Ceremonias.

Y así por el estilo. Hasta el 8 de octubre de 1820, en que estalló una revuelta militar. El rey Henri vio conmoverse y vacilar su trono, y se pegó un tiro.

La familia real negra, la corte negra, los pares negros. . . todo se sumergió en el olvido, sin dejar rastros. Sin embargo, menos de treinta años después resurgió en Haití la gloria de la corona. Pero esta vez no fue una simple corona real, sino imperial.

Faustin Elie Soulouque fue general y político. A la edad de sesenta y dos años fue elegido presidente; dos años después, en 1849, se proclamó emperador, con el nombre de Faustin I. La importante ceremonia tuvo lugar el 26 de agosto de 1849. Como no se disponía de una corona de oro, se improvisó un artefacto de cartón dorado, que el presidente del Senado depositó solemnemente sobre la cabeza del nuevo emperador. Faustin I se sintió tan profundamente conmovido, que eligió palabras un tanto inapropiadas para iniciar sus funciones, pues exclamó: “¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!”

Faustin I organizó su corte imperial sobre el molde de la que había tenido Henri I. Creó pares y altos dignatarios, fundó una orden de caballería. Entre los funcionarios de la corte había un Lord Gran Panadero, instituido a imitación del *Grand*



Penatier francés. Se produjo cierta confusión, pues nadie atinaba a establecer las funciones reales de este caballero. Desconcertado, el hombre pidió audiencia al Emperador, pero éste resolvió muy graciosamente el problema: “*C'est quelque chose de bon*” (Es algo bueno).

El nombre de Lord Gran Panadero era conde de la Limonada. Lo cual parece un tanto extraño. Pero había otro llamado duque de la Mermelada. Y cuando se repasan los títulos de la nueva aristocracia, se descubren otros títulos sorprendentes: Duque de las Mejillas Rojas (Duc de Dondon). Duque del Puesto Avanzado (Duc de l'Avancée). Conde del Río Torrencial (Comte d'Avalasse). Conde del Terrier Rojo (Comte du Terrier Rouge). Barón de la Jeringa (Baron de la Seringue). Barón Agujero Sucio (Barón de Sale-Trou). Conde Número Dos (Comte de Numero-Deux).

¿Qué había detrás de toda esta imbecilidad haitiana? Cuando el emperador Faustin creaba un par, también daba al beneficiario cierta extensión de tierra —plantaciones más o menos extensas confiscadas a sus antiguos propietarios. Era bien sabido que la nobleza de Francia, a la que tanto se imitaba, tomaba su nombre de las propiedades que ocupaba, por lo cual se consideró aconsejable que la nueva aristocracia negra se denominara según la propiedad de cada uno. Pero las plantaciones no tenían nombres tan atractivos o melodiosos como los antiguos castillos de la nobleza francesa; los viejos propietarios las habían bautizado con los



nombres de los productos elaborados, o de acuerdo con la ubicación de la propiedad, o con cierta particular cualidad del suelo, etc. Así, la patente de nobleza del hombre que poseía limonares era el título de conde de la Limonada; el nuevo propietario de una fábrica de jaleas se enorgullecía de que lo llamaran duque de la Mermelada. Es muy posible que pocos de ellos comprendieran las particulares connotaciones de algunos de los nuevos títulos.

El 18 de abril de 1852 el emperador Faustin decidió coronarse, junto con su esposa, por segunda vez. En esta ocasión utilizaron una auténtica corona de oro, y la ceremonia se ajustó a los lineamientos generales de la coronación imperial de Napoleón. Al lector que desee representarse la escena, le bastará recordar el famoso cuadro de David, pero cambiando la pigmentación de los personajes, de modo que tendrá ante sí pares negros, mariscales mulatos, y damas de compañía de piel de ébano o cuarteronas.

Réstanos describir la Guardia Real. Eran los favoritos del emperador... y gastó una fortuna en ellos. Ordenó magníficos uniformes, que fueron encargados a Marsella.

La firma comercial entregó magníficos uniformes; y como adorno complementario, cada uno de ellos llevaba una pequeña placa de metal.

Cierto día llegó a Haití un viajero francés, y asistió a una revista de los Guardias Reales. Las extrañas



plaquitas de metal atrajeron su atención. Se acercó a uno de los guardias y examinó atentamente el objeto. Sobre la placa había una inscripción en letras muy pequeñas. No se trataba de un lema imperial, sino de una leyenda muy comercial y, prosaica. Decía: “*Sardines á l'huile. Barton et Cie. Lorient*”.

¡El contratista marsellés no corría muchos riesgos! Sabía que ni los guardias reales ni el propio emperador habían aprendido a leer, y por lo tanto consideró que no era peligroso adherir a los uniformes placas de metal recortadas de viejas latas de sardinas.

Desgraciadamente, la Guardia Real no se mostró digna de su magnífico uniforme. En 1859, cuando estalló la inevitable revolución, desertó desvergonzadamente y abandonó al emperador; de modo que Faustin I resolvió olvidarse de mermeladas, limonadas y demás miembros de la nobleza. Con toda su familia huyó a Jamaica, y allí terminó su vida, en el exilio, siguiendo así hasta el fin a su modelo napoleónico.

Los extraños títulos, las ridículas pretensiones de los negros nos mueven a risa. Pero la raza blanca no tiene derecho a sentirse muy superior. He aquí una lista de títulos y jerarquías recogida de la prensa de los Estados Unidos

Portero ayudante en ejercicio (del Senado de los Estados Unidos).



Presidente general de las Hijas de la Revolución Norteamericana.

Editor Emérito Extranjero.

Gran Brujo Imperial.

Gran Dragón de Florida.

Caballero de la Camelia Blanca.

Kleagle de California.

Alguno de estos títulos, ¿es menos original que el de duque de las Mejillas Rojas o barón de la Jeringa? Sin duda, varios de ellos pertenecen a organizaciones muy especiales, como el Ku Klux Klan, pero su existencia demuestra que aún en los democráticos Estados Unidos la gente gusta de los títulos... sobre todo cuando son propios.